

Estoy fuerte... me siento más enfermo cuando estoy en mi casa que trabajando

Juan Carlos Maqueda Hernández, Ricardo Cuéllar Romero, Margarita Pulido Navarro

Hoy no tenemos más tiempo que el del trabajo. El tiempo de trabajo se ha totalizado como el único tiempo. Hace mucho que hemos perdido el tiempo de la fiesta.
Byung-Chul Han, *Por favor cierra los ojos*.

Introducción

Cinco de la mañana, Miguel se despierta con una sensación de malestar, debe ir a trabajar. Mientras prepara su herramienta se pregunta: ¿y si no voy? Pero, recuerda: "... cuando me quedo en la casa, me duele la cintura, la cabeza, los pies, ¡no me hallo!, ya me acostumbré a no dejar de trabajar, nomás que ya en la tarde, me duele el cuerpo, ¿será por la cansada? ..."

Horacio, su hijo, comparte en cierto modo esta experiencia de vida: "...yo siento que aquí en mi casa, me enfermo más o me presiono más... cuando me pasó lo de mi ojo, que tuve que guardar reposo, andaba yo de malas con mi familia, discutía con mi pareja, me sentía encerrado, presionado, ella me decía: '¡primero es tu salud y después el trabajo!', pus sí, pero es que ¡uno está acostumbrado a trabajar!"

Juan Carlos Maqueda Hernández. Maestro en Ciencias en Salud de los Trabajadores

Correo-e: maquedacr@hotmail.es

Ricardo Cuéllar Romero. Doctor en Antropología; profesor-investigador, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco

Correo-e: rcuellar@correo.xoc.uam.mx

Margarita Pulido Navarro. Doctora en Ciencias en Salud Colectiva; profesora-investigadora, Universidad Autónoma Metropolitana- Xochimilco

Correo-e: mpulido@correo.xoc.uam.mx

Esta narrativa es parte de las vivencias de dos albañiles mexicanos que asumen su trabajo, su tiempo de trabajo, de forma tal que ha invadido todos sus espacios y temporalidades. Actitud, ética que se ha *heredado de generación en generación*, y que contribuye a naturalizar, a normalizar y reproducir un *modo de trabajo* que expone sus vidas, subordina su cuerpo y su salud.

La intención que motiva este ensayo es procurar ilustrar cómo las tendencias a la enajenación y a la cosificación, realidades fundamentales en las sociedades mercantiles capitalistas, al condicionar lo que podemos llamar las formas históricas de los trabajadores de vivir, de interpretar, de dialogar con su corporeidad, los lleva a adoptar una apreciación instrumental, cósmica de ellos mismos. Situación que se presenta en todos los espacios y tiempos de su existencia. El tiempo de trabajo va más allá, invade el del "tiempo libre", el de ocio, el de la pereza, el de la fiesta, diría Byung-Chul Han (1). En estas circunstancias, no es de sorprender que los fenómenos de la mercantilización y de la cosificación estén presentes también en los eventos de enfermedad de los trabajadores, en su vivencia y en su significación.

El ensayo se desenvuelve en tres apartados. El primero, de carácter conceptual, presenta, de manera por demás sencilla, las categorías de enajenación y de cosificación, y su relación con el proceso de salud-enfermedad. Las vivencias de Horacio y de Miguel, captadas a través de la

historia oral, están en el segundo apartado.¹En el tercero, figuran nuestras reflexiones finales.

I. Enajenación, cosificación y salud

En el capitalismo las relaciones de producción y los productos del trabajo de los seres humanos asumen una existencia externa, se convierten en objetos fuera de ellos y ajenos, pero, sobre todo, los trabajadores experimentan un extrañamiento de su propio cuerpo, de su vida mental y espiritual.

Las personas se aprecian a sí mismas como extrañas, al respecto Erich Fromm señala: “No se siente a sí mismo como centro de su mundo, como creador de sus propios actos, si no que sus actos y las consecuencias de ellos se han convertido en ajenos suyos, a los cuales obedece [...] la persona enajenada no tiene contacto consigo misma” (2, p.105).

En el proceso material de la producción el trabajo se despliega como un poder ajeno²: “por un lado [...] crea la riqueza objetivada succionada por su propio ser, pero puesto negativamente: entonces el trabajo es capital; en el mismo acto, el individuo que trabaja empobrece humanamente. Su vida le pertenece al capital: la vida del obrero alimenta los objetos que componen al capital” (3, p.18).

En los *Grundrisse*, Marx señala que el trabajo “no pone a la propia realidad como ser para sí sino para otro, y por tanto también como ser-de-otro-modo” (4, p. 415), de tal suerte que en un primer

momento este proceso se devela como una relación social con su núcleo en el intercambio capital-trabajo, llevando implícito la desrealización de las personas y “la propia existencia de uno de los contratantes se pone en entredicho” (5, p. 81).

En esta situación, el obrero “no puede enriquecerse [...] puesto que, así como Esaú vendió su primogenitura por un plato de lentejas, él cede su fuerza creadora.” (4, p. 248).

El material que la capacidad de trabajo elabora es un material ajeno; el instrumento con el que el labora se le presenta como ajeno, y su trabajo se objetiva en algo que no le pertenece; [...] y aún el propio trabajo vivo se presenta como ajeno frente a la capacidad viva de trabajo – cuyo trabajo y cuya manifestación vital específica es él –, puesto que ha sido cedido al capital por el trabajo objetivado, por el producto del trabajo mismo (4, p.424).

El trabajo retorna en dos dimensiones, primero como trabajo vivo donde se reconoce como ser humano viviente que trabaja, en la segunda como abstracta capacidad de trabajar que puede obtener determinaciones concretas para venderse. “El sujeto del trabajo queda constitutivamente escindido: en tanto viviente como *logos* poco importa, lo relevante es su capacidad de trabajar. Es un cortocircuito, un desgarramiento del sujeto consigo mismo, puesto que la única forma en que puede reconocerse es a través de lo que vale en el mercado” (3, p.18).

Con ello el sujeto pierde el dominio sobre sí mismo, empleando las palabras de Fromm (2), se vuelve un átomo económico que danza al ritmo de la dirección atómica, su trabajo lo vuelve irreflexivo, niega su vida, la capacidad creadora, la curiosidad y la independencia de ideas, como resultado se obtiene la apatía o la destructividad; se convierte en un hombre que se manipula a él y a los demás como cifras o cosas.

El tráfico mercantil imprime su forma de ser a toda la conciencia del ser humano; las propiedades y las facultades humanas no sólo pertenecen a la unidad orgánica de la persona, sino que aparecen como “cosas” que el hombre “posee” y

¹Hemos omitido, en esta ocasión, la presentación de las características conceptuales y de método de la historia social y de la historia oral. Remitimos al lector a los trabajos de Hobsbawm (13) y de Garay (14).

²En la relación de compraventa de la fuerza de trabajo, en el mercado, ha tenido lugar un acontecimiento fundamental, paradójico: “las capacidades físicas y creativas que permiten trabajar no son ajenas a la *corporeidad viva del trabajador*. Esto implica que no es posible separar materialmente la fuerza de trabajo de la existencia misma de su propietario. [...] Por tanto al hacer entrega de la mercancía vendida, no sólo termina entregando a aquélla, sino el plus de su propia base material en tanto ser viviente. [...] Esta parece un elemento excluido del proceso de intercambio. Sin embargo, es el elemento verdaderamente incluido. Sin vida y cuerpo no hay fuerza de trabajo (5, p. 80-81).

“*exterioriza*” lo mismo que los objetos del mundo exterior.

Erich Fromm, una vez más, nos ilustra cómo se hace presente este fenómeno:

Si las cosas hablaran, una máquina de escribir contestaría a la pregunta “¿quién eres?” diciendo: “Soy una máquina de escribir”, y un automóvil diría: “Soy un automóvil”, o, más, específicamente, “Soy un Ford”, o “un Buick”, o “un Cadillac”. Si preguntáis a un hombre “¿quién eres?”, responde: “Soy un fabricante”, “soy un empleado”, “soy un médico”, o “soy un hombre casado”, “soy el padre de dos niños”, y sus respuestas tienen un sentido muy parecido a la de la cosa que habla. Ese es el modo como se siente a sí mismo, no como un hombre con amor, miedo, convicciones, dudas, sino como una abstracción, enajenada de su naturaleza real, que desempeña cierta función en el sistema social. Su sentido de valor depende de su éxito, de si puede venderse favorablemente, de si puede hacer de sí mismo más de lo que era cuando empezó, de si es un éxito. Su cuerpo, su mente y su alma son su capital, y su tarea en la vida es invertirlo favorablemente, sacar utilidad de sí mismo. Cualidades humanas como la amistad, la cortesía, la bondad, se transforman en mercancías, en activos de personalidad “ya en su paquete”, conducentes a un precio más elevado en el mercado de las personalidades. Si el individuo fracasa en hacer una inversión favorable de sí mismo, cree que él es un fracaso; si lo logra, él es un éxito. Evidentemente, su sentimiento de propio valor depende siempre de valores extraños a él mismo, de la veleidosa valorización del mercado, que decide acerca de su valor como decide acerca del de las mercancías. Él, como todas las mercancías que no pueden venderse provechosamente, no vale nada en cuanto valor de cambio, aunque puede ser considerable su valor de uso”. (2, p.122)

El ser humano enajenado se caracteriza, entonces, por tener como eje: *conseguir el mayor provecho de sí mismo y de las personas con quien interactúa*, busca posiciones más altas, cambia de amigos, hábitos y sentimientos por otros nuevos, su vida, cuerpo y mente resultan una inversión provechosa de capital.

Lo que hay que retener, ante todo, de este fenómeno estructural fundamental, es que opone al hombre a su propia actividad [...] Y esto se produce tanto en el plano objetivo como en el subjetivo. Objetivamente, surge un mundo de cosas acabadas y de relaciones entre las cosas (el mundo de las mercancías y de su movimiento en el mercado) [...] subjetivamente, la actividad del hombre – en una economía mercantil acabada- se objetiva en relación al hombre, se convierte en una mercancía que queda sometida a la objetividad, ajena a los hombres, de las leyes sociales naturales, y debe ejecutar su acción tan independientemente de los hombres como cualquier bien destinado a la satisfacción de las necesidades convertido en cosa-mercancía.” (6, 1970, p.114).

Resultado lógico-histórico de la enajenación es la cosificación: “el trabajador tiene que representarse a sí mismo como “poseedor” de su fuerza de trabajo como mercancía. Su posición específica estriba en que esa fuerza de trabajo es lo único que posee [...] esa auto-objetivación, esa conversión de una función humana en mercancía, revela con la mayor crudeza el carácter deshumanizado y deshumanizador de la relación mercantil. (6, p.199).

Georg Lukács, en *Historia y conciencia de clase*, advierte que el fenómeno de la cosificación no sólo se da en los comportamientos socioeconómicos en que se relacionan los hombres, sino que se instala en la reconstrucción simbólica de su existencia material. De este modo, los seres humanos se relacionan como cosas debido a que la racionalidad mercantil fundamenta las relaciones humanas como un todo.

La racionalidad instrumental en que se desenvuelve el capital hace que el mundo de quienes lo viven se presente de modo fragmentado y sólo en su dimensión cósmica, no como exteriorización espiritual humana, sino en su expresión material des-subjetivada.

Así, la transformación de la fuerza de trabajo en mercancía (la conversión de una función humana en mercancía), la reducción del ser humano a nivel de objeto, de mero factor, de producción, determina una cierta concepción

y vivencias del hombre en términos de cosas, de máquinas, perfectamente racionales para el punto de vista capitalista. La situación no queda ahí, sino que la extensión, consolidación y recreación de las fuerzas sociales de producción burguesas, significan la generalización de la base social y material, en apoyo al desarrollo de la mentalidad instrumental y del trabajo cosificado [...] el carácter cosificado del trabajo, en el capitalismo, impone a los saberes, tanto especializados como a los no especializados, considerar al trabajo no en su esencia y generalidad, sino como simple actividad laboral. En cualquier caso, este “carácter de una coseidad” -para seguir a Lukács- no hace sino ser coherente con el hecho de que en la sociedad capitalista las relaciones entre los sujetos están determinadas por la forma de intercambio dominante correspondiente al tráfico mercantil, un tráfico “cuyas consecuencias estructurales son capaces de influir en la vida entera de la sociedad, igual la externa que la interna. (7, p. 304)

La cosificación involucra un proceso ideológico en el que los trabajadores, como bien señalan Ricardo Cuéllar y Margarita Pulido (7), reproducen un rol, un papel, una percepción, una espiritualidad de “mercancía-hombre” (8, p. 607), de objeto, de cosa. El capital trasciende la dimensión económica, material y organiza toda la vida social de los seres humanos. El proceso de la acumulación del capital es también el de la producción y reproducción de la vida espiritual, ideológica de los trabajadores. Cosmovisiones, imaginarios, mitos, rituales, símbolos no escapan, no son ajenos a las tendencias de enajenación y cosificación propias de una sociedad mercantil capitalista.

El vivir y el sentir de forma *cósica* el cuerpo, implica al proceso de salud/enfermedad en diferentes dimensiones; una es la cultural donde el trabajo enajenado se vive como “ciertas obligaciones, prohibiciones, repulsiones o deseos, gustos y aberraciones” (9, p.18), otra es el valor que hombres y mujeres otorgan a la “fuerza física, a la resistencia al dolor y los malestares”, actitud que con el pasar del tiempo se manifiesta en enfermedades avanzadas.

Ser fuerte, como lo apunta Boltanski (9), expresa una concepción mecanicista, instrumental del cuerpo que delinea un estilo de vida y tiene implicaciones sobre su funcionamiento durante y fuera de la jornada laboral, de forma tal que “el cuerpo no tendrá ningún espacio de tranquilidad y sus sueños serán perturbados y los órganos trastornados y con desequilibrios que se harán crónicos “aunado a “las representaciones y significaciones que tenga de su persona lo podrán llevar al abandono o exceso de cuidados” (10, p. 218).

II. *Las vivencias... los sentimientos*

Miguel y Horacio tienen sus raíces en un pueblo llamado “San Javier”, en el estado de Querétaro, que desde la década de los cincuenta del pasado siglo ha concentrado una fuerza de trabajo ocupada en la industria de la construcción. Las pocas parcelas para siembra y las alteraciones del temporal no permiten que se dé la cosecha de maíz, frijol y haba; cuando se logra una producción es básicamente para el mantenimiento básico de los integrantes de la familia; por ello, muchos jóvenes han decidido emigrar a las ciudades aledañas, como la de México. En otros casos, se dirigen a los Estados Unidos de Norteamérica, en busca del sueño *americano*, con el abnegado deseo de ser *hombres “exitosos”, hombres de “dinero”*.

Miguel: ¡Me siento más enfermo estando en mi casa, que trabajando!

Miguel nació en el año de 1946 en un jacal de órgano, nopal y soyate, es el mayor de cinco hermanos, creció en un ambiente complicado, las cosechas no eran suficientes y oportunas; su papá prefería emborracharse con pulque que comprar alimento, durante ocho años conoció el hambre.

En su niñez, el juego representaba un modesto escape de la miseria. Imaginaba que los “pasteles” que hacía con tierra y agua, a las afueras de su jacal, tenían los sabores más ricos. Pretendía, así, mitigar su hambre, mientras que con insatisfacción notaba el raquítico crecimiento de su cuerpo.

Al “crecer” el pequeño Miguel empezó a representar para su familia una fuerza de trabajo

potencial que podía ser intercambiada por maíz o por dinero; su padre lo incorporó a labores diferentes a las del campo:

“me llevó ahí, acarreamos grava, tierra con carros percu... cargados con pura pala y a descargar con pura pala, ya me llevó pá allá, me dijo “van a ocupar gente pá allá”, ese tiempo según, ya pagaban bien, pagaban quince pesos a la semana también, así llegábamos diario a la casa y nos íbamos para allá temprano. (Miguel, Albañil, 15 de junio de 2019).

Sus primeros trabajos moldearon su cuerpo, lo hicieron resistente; logró colocarse, tiempo después, en la industria de la construcción donde acabó por constituir una cierta percepción vivencial. En la obra se vio orillado a ignorar, a “perder” el miedo; conoció los regañones disciplinarios de capataces que le hablaban con mentadas, aprendió, interiorizó que era necesario mantenerse todo el tiempo activo y no tener descanso.

Yo era peón, y llegué, y me dijo el maestro ¡te vas andar con esté maestro!, ¡le vas echar mezcla!, ¡le vas echar todo lo que él quiera!, ¡que no le falte nada!, no pos yo le eché mezcla, le llené su mezclera, [...] se lo llené y le arrimé todo lo que necesitaba y, y yo me pare allí, el maestro estaba trabaje y trabaje, ¿ya qué hacía yo?, ¡ya tenía todo!, ¡no pos que llega el maestro!, “¡órale!- Dice, -¿qué estás haciendo?-, -¡nada!” le dije, pues el maestro tiene todo, “¡no, no, no!, si no tienes nada que hacer aquí con tu maestro, vete por allá júntame madera, júntame fierraje o lo que allá ahí”. Ya me fui para allá y ya acabé todo lo que me dijo. Y me volvió a ver que estaba yo parado y así, mentándome la madre, “¡jijo de quien sabe que!”, dice “¡órale!, ¡búscales otro lado, aquí no queremos chavos que estén parados!, ¡aquí les pagamos por que vengan a trabajar no para estar parados!”, me corrió, “¡tú y tu maestro, órale búscuenle otro lado!”, nos fuimos, ¡ya que!, nos corrió. (Miguel, Albañil, 03 de noviembre de 2019).

Estas vivencias, estas formas de ser, de estar, las reproducirá con sus amigos, hijos y familiares. La idea de siempre trabajar, de no fallar, lo

representará, lo identificará como buen trabajador, el que se gana la confianza de los contratistas. ¡No ser *huevón!* (flojo) adquiere, así, una presencia definitiva, casi podríamos decir, estructural propia de una práctica utilitaria cotidiana.

Desde hace algún tiempo padece diabetes y ciertos dolores musculares, no obstante, mientras pueda pretende seguir trabajando. Menciona que se enferma más estando en su casa, allí la presión de sus estrechas condiciones de vida y de consumo lo colocan en un estado de ansiedad y desesperación. No se sabe más que como trabajador, aunque reconoce que las labores del campo son su fascinación y alegría.

¡Me siento con fuerza!, na más que para andar en las alturas, ¡no!, porque ando malo de la presión. O sea que si ando arriba los nervios me traicionan, y siento que me caigo. O me empino para agarrar así la mezcla y siento que mi cabeza me jala.

Por eso sé que, pus si no trabajo, no hay para comer, tons que tengo que trabajar, te digo yo trabajo despacio, y te digo el maestro no, no me dice nada y pus ya te digo es por la edad que ya tengo, digo yo, pero ando ahí con el chavo ese, ando feliz [...]. Me siento pus tranquilo, me siento feliz, no, no pienso nada, pero estando aquí en mi casa: “¡ay, ahora no tengo dinero que gastar!, ¡híjole!, ¡ya viene domingo!”. Yo creo que eso es lo que me acaba. (Miguel, Albañil, 15 de junio de 2019).

Pus sí, sí me siento fuerte, me siento más, más, más enfermo cuando estoy en mi casa que no trabajo, que trabajando. Cuando estoy aquí, en mi casa, que no hago nada, me duele la cintura, me duele la cabeza, me duelen los pies (Miguel, Albañil, 15 de junio de 2019).

Para él, permanecer en casa “sin hacer nada” es enfermizo; señala que le duele la cabeza, pero basta con un trago de “Coca-Cola”, y listo, puede continuar. Para los miembros de la clase trabajadora el cuerpo es asumido principalmente como una herramienta, a la cual es posible exigirle un rendimiento siempre constante. Así, “la enfermedad se manifiesta brutalmente porque no ha observado sus signos precursores o porque se

han rehusado a percibirlos y, la mayor parte de las veces, lo consideran un accidente imprevisible y repentino” (9, p.72-73).

Mi cuerpo, ya siento que un trabajo duro, duro, duro no aguanto, tons me tengo que aguantar, que, sí cuando entré, sí colábamos diario, diario.

Yo, lo que me gustaba más era puro palear, con la pala llenar los botes[...]No sí, sí es mucha joda, una vez colamos dos losas, ¡hasta me dio calentura![silencio] pero esos días cuando entré, pero ahorita ya llevo un año, ¡como que mi cuerpo sintió que podía! Y ahorita, ya me caló otra vez, pero como que mi cuerpo ¡ya no!, ya no es igual o a lo mejor porque ya dejé mucho rato de que no paleo, a lo mejor puede ser que el cuerpo, como que se, se siente. (Miguel, Albañil, 03 de noviembre de 2019).

Miguel habla de su cuerpo como algo ajeno e independiente a él; una cosa, algo que, sin embargo, se puede “enojar” cuando lo expone a mucho trabajo; lo vive a través de una racionalidad de tipo instrumental, de máquina que se va deteriorando por la edad.

Ya el cuerpo, ya no es igual, ¡no! Me acuerdo cuando estábamos en México de dos, tres, cuatro escaleras para arriba, lo subías con tu bote bien lleno y corriendo. ¡No, ora cuál!, un bote de vez en cuando y eso sí se puede si no, no, ya aquí en mi trabajo prefiero otro trabajo. Día con día el cuerpo ya no resiste, yo ya pienso retirarme del trabajo porque ya el cuerpo ya, ya siento que mi cuerpo ya no, ya no es para andar trabajando. Y, me tendré que dedicar a mi siembra otra vez. (Miguel, Albañil, 03 de noviembre de 2019).

Horacio: ¡Uno está impuesto a trabajar esté como esté uno!

Horacio, como vimos ya, es uno de los hijos de Miguel, el que heredó su oficio, puesto que ya no quiso estudiar porque veía que había carencias en su casa y prefirió trabajar que gastar lo que no tenía. Su papá le enseñó a usar la pala, la posición para impulsar la herramienta hacia el montón de piedra de mármol y la manera de arrojarla a la

parte trasera de los camiones, que todas las mañanas llenaba junto con él.

Sabía, por lo que su papá narraba, que cuando no estaba en el pueblo, era porque se iba a trabajar a un lugar que llamaban: “México”. Sus primos de mayor edad le platicaban, también, de ese lugar. Así, se acercó a un imaginario donde el trabajo en la construcción podría ayudarle a procurar la satisfacción de sus necesidades.

Desde muy pequeño comprendió que para salir adelante se debía *trabajar duro*; se inicia como peón de albañil. No fue mucho el tiempo que vivió soltero, en el año que empezó a trabajar conoce a quien va a ser su esposa, y tienen su primer hijo.

Con la obligación de mantener una familia se va a trabajar a la ciudad de Querétaro; un amigo de la infancia lo invita, la labor consistía en aplanar la fachada de un edificio. Horacio aceptó, pero ahí experimentarían, conocería su miedo a las alturas.

Era un edificio, me dijo:” vamos aplanar ahí”, dice; no, pos le digo: ”se ve fácil, se ve como, como ya he trabajado, el trabajo es normal”. Pero no, ya cuando subimos a cierto piso, pos ya me entró como miedo, andaba yo con miedo la mera verdad [pequeño silencio]. Y luego, le platicaba yo a otro chavillo, sí, su hermano del que me invitó, le digo: “¡tengo un montón de miedo!”, le digo, “¡no!, pus nomas contrólate”, dice: “¡no, no pasa nada!”, y no, le digo, ¡a veces que ya hasta el otro día, como que ni quería ir, por ese miedo, porque me daba miedo, pos de andar en las alturas más que nada, como yo nunca había trabajado así en alturas y [silencio]. Sí, fueron como dos meses de que, de mañana ya ni quería ir al trabajo. Luego hasta me decía él, dice: “¡o dile a mi hermano que te cambie”, dice: “¡te puede cambiar a otro lado!”, [pequeño silencio], “pero a ¿dónde?”, le digo, “y es que de todos modos lo tengo que hacer, le digo”, “te imaginas pues ahorita porque ando con tu hermano, me, me va cambiar en trabajo fácil, pero va a llegar la ocasión en que, pues a lo mejor yo no, yo no, vaya yo a otro lado donde no conozca a nadie y va a ser lo mismo y pues voy a estar con ese temor”, le digo. Pero sí, le digo sí, a veces sí se necesita valor para andar [...]. Eran trece niveles, sí, ya cuando

llega uno tan solo como en el cuarto, quinto nivel, es donde empieza el temor, luego pues le digo, nos ponen las, estas, mentadas canastillas y pues se sacuden, cuando no hay nada se sacuden, y sí, la mera verdad es donde daba más miedo, y le digo, a lo mejor pues, ya nomás es el miedo que trae uno porque pues no, no está acostumbrado o no está uno acostumbrado a esos trabajos, nunca lo había practicado ahí [...]. Pues no, la mera verdad, pues como que no, dije:, pues tengo que echarle, si no, cuándo se me va a quitar el miedo, y por eso fue el motivo también de que no, no le dije, es que me tengo que acostumbrar a las alturas y pues es lo normal. (Horacio, Albañil, 16 de junio de 2019).

Como obrero de la construcción constituyó una socialización masculina, donde la valentía, el arrojo, la exposición al riesgo, la acción directa, el callar, la obediencia, significan fortaleza, responsabilidad, hombría. No se debe, no se puede experimentar miedo, los verdaderos hombres soportan cualquier adversidad; ese era el pensamiento con que había crecido, el que ahora le permitía realizarse como albañil; una normativa social que constituyó su manera de emocionar, de ver y sentir su cuerpo.³

Los momentos de presión también son parte de sus vivencias; dado las elevadas cargas de trabajo, siente la pérdida de la noción del tiempo. Cuando los fines de semana le llaman a laborar, desea negarse; debido a que lo pueden criticar y catalogar como un flojo, acepta.

A mí me preocupaba mucho de que yo ando trabajando demasiado o así, y luego a veces sentía como que hasta que me enfermaba yo, y no, ya ahorita pus digo “lo que venga está bien [...]” . Pus más que nada luego hay preocupaciones, de que uno anda, ya como más presionado en el trabajo, como que, aquí la mera verdad nunca me ha faltado el trabajo y luego me hablan hasta los fines de

³ La actividad laboral, a decir de Keijzer, implica “un complejo y detallado proceso cultural de incorporación de formas de representarse, valorar y actuar en el mundo [...] donde se presenta al varón como esencialmente dominante y subordina a la mujer, y a otros hombres que no se adaptan a este modelo. (15, p. 3)

semana, “oye ¡ayúdame a trabajar!, jéchame la mano sábado y domingo!”, pus ya uno dice: “pues es el trabajo”, o luego si no le ayudo a aquel me va a decir:” jno pus este canijo ya no, ya no quiere trabajar!”, y ya va uno. Y, haga de cuenta que ya no tiene día de descanso, y como que le entra más presión y como que se desespera uno, y dice, “¡hijo! ora no descansé este fin de semana”, ya a media semana anda uno como, pues, así como ya pensando otras cosas, así como de que ya va a llegar otra vez el fin de semana y otra vez a trabajar, como que entra uno más presionado, y como que ya de la misma presión de tanto trabajo, como que yo entiendo que se enferma uno (Horacio, Albañil, 03 de noviembre de 2019).

Ha interiorizado el trabajo a tal punto, que en su tiempo libre no sabe qué hacer; al igual que su padre se enferma y se presiona más estando en su casa.

Yo siento que estando aquí en mi casa me, me enfermo más o me presiono más, y por eso tengo que, uno tiene que salirle a trabajar porque, pus yo siempre, bueno de que me he dado cuenta siempre he hecho así, y luego, a veces he estado enfermo, de hecho, cuando estuve yo en reposo cuando me operé, pus sentí que me enfermaba más aquí en la casa, andaba yo de malas con mi familia. Llegaba ocasiones de que pus, hasta discutía yo con, con mi pareja, por lo mismo de que me sentía yo aquí presionado, como encerrado, yo me sentía como encerrado. Y ella me decía: “! no pus, pus primero es tu salud y después el trabajo!” , pus sí, pero es que ¡uno está acostumbrado a trabajar!, le digo, y pus no, no, no me gusta estar aquí, la mera verda’, no me gusta estar aquí, y no, le digo no, como que no, no, no me imponía yo aquí en la casa. Y la mera verda’, de cualquier cosilla me molestaba, como que me sentía como pus muy encerrado, y no, dije. Pero sí seguí, pus en el tiempo de reposo me aventé como tres meses y le digo la mera verda’ no aguantaba yo, porque uno está impuesto a trabajar esté como esté uno, (Horacio, Albañil, 03 de noviembre de 2019).

A manera de conclusión

En la familia de Miguel y de Horacio, tres generaciones han sido encausadas por las determinaciones fundamentales de la sociedad de

producción y tráfico mercantil capitalista. Si bien se trata de trabajadores en algún sentido semiproletarios (11), tanto su vida material como su vida espiritual, transcurren sujetas a los fenómenos de la enajenación y la cosificación. Se heredan no sólo oficios, actividades laborales empíricas, esto es, formas de ganarse la vida, sino también, formas de estar, de ser, de hablar, de razonar. Sus cosmovisiones, sus mitos, sus rituales se vivirán en el contexto de una cotidianidad, en “un mundo en cuyo ritmo regular el hombre se mueve con mecánica instintividad, y con un sentimiento de familiaridad.” (12, p.100)

El tiempo y el espacio de trabajo desplazarán al de ocio, al de la pereza, al del tiempo libre, al de la fiesta. Estos trabajadores han internalizado a tal punto la ideología del trabajo, del rendimiento que se sienten extraños en su ausencia. Lo relevante del caso que aquí hemos abordado es que, no obstante, lo que Marx plantea en los célebres *Manuscritos económicos-filosóficos de 1844*, también fuera del trabajo, no se sienten felices... sino desgraciados... mortifican su cuerpo y arruinan su espíritu.⁴

Ajenos, extraños, pero asimismo enfermos. Luego, no sólo el espacio y el tiempo de la producción serán patológicos, también los de la vida privada, de la llamada vida cotidiana.⁵ El enfermar, entonces, se constituye en una suerte de respuesta, de adaptación, pero, ante todo, de protesta, de resistencia a una realidad enajenante y cosificadora.⁶ La racionalidad instrumental propia del proceso de producción se hará presente en todas las temporalidades y lugares, materiales e

ideológicos, de la vida de los seres humanos (los trabajadores).

Referencias

1. Han, Byung-Chul. (2016). *Por favor, cierra los ojos*. Barcelona: Herder.
2. Fromm, E. (1964). *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea. Hacia una sociedad sana*. México: Fondo de Cultura Económica.
3. Ávalos, G. (2016). Actualidad de Marx. Cosificación, fetichismo y enajenación. En *Reencuentro*. Número 64, agosto, pp. 12-20.
4. Marx, K., (1971). *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*. México: Siglo XXI Editores.
5. Osorio, J. (2006). Biopoder y biocapital. El trabajador como moderno homo sacer. En *Revista Argumentos*. Número 32, septiembre-diciembre.
6. Lukács, G. (1970). *Historia y conciencia de clase*. La Habana: Editorial Ciencias Sociales.
7. Cuéllar, R. y Pulido M. (2016). Experiencia de vida e historia oral. Reflexiones desde el trabajo y la salud-enfermedad. En *Tramas. Subjetividad y procesos sociales. Experiencia, acción y palabra*. Número 46, diciembre/2016, año 27, pp. 291-320.
8. Marx, Carlos. (1987). *Escritos de juventud*. México: Fondo de Cultura Económica.
9. Boltanski, L. (1975). *Los usos sociales del cuerpo*. Argentina: Ediciones Periferia.
10. López, S. (2011). *Lo corporal y lo psicosomático. Aproximaciones y reflexiones. VII*. México: CEAPAC Ediciones.
11. Kautsky, K. (1974). *La cuestión agraria: Análisis de las tendencias de la agricultura moderna*. México: Siglo XX.
12. Kosík, Karel. (1979). *Dialéctica de lo concreto*. México: Grijalbo.
13. Hobsbawm, Eric. (1976). De la historia social a la historia de la sociedad. En Cardoso, Ciro. *Tendencias actuales de la historia social y demográfica*. México: Sepsetentas.

⁴ El trabajador, dice Marx, “... no se afirma en su trabajo, sino que se niega en él, no se siente feliz, sino desgraciado, no desarrolla al trabajar sus libres energías físicas y espirituales, sino que, por el contrario, mortifica su cuerpo y arruina su espíritu. El trabajador, por tanto, sólo se siente él mismo fuera del trabajo, y en éste se encuentra fuera de sí. Cuando trabaja no es él mismo y sólo cuando no trabaja cobra su personalidad”. (8, p. 598)

⁵ Acerca de estos conceptos véase (16, pp. 9-11) y (17, pp. 11-16).

⁶ La significación de esto es especialmente grande. Sin que los mismos trabajadores lo adviertan se da la posibilidad de encontrar una salida: transformar la protesta, la resistencia en praxis política.

14. De Garay, Graciela. (1994). *La historia con micrófono*. México: Instituto Mora.
15. Keijzer, Beno. (1977). *El varón como factor de riesgo: masculinidad, salud mental y salud reproductiva*. México: ECOSUR y UJAD.
16. Duby, Georges. (1993). Prefacio. En Ariès, Philippe y Duby, Georges. En *Historia de la vida privada*. Tomo I. Madrid: Taurus.
17. Gonzalbo, Pilar. (2004). Introducción general. En *Historia de la vida cotidiana*. Tomo I. México: El Colegio de México-Fondo de Cultura Económica.

Fuentes Orales

- a. Maqueda, J. (2019). “Entrevista número 1 realizada a Miguel, albañil”, 18 de enero de 2019.
- b. Maqueda, J. (2019). “Entrevista número 1 realizada a Horacio, albañil” 13 de junio de 2019.
- c. Maqueda, J. (2019). “Entrevista número 2 realizada a Miguel, albañil” 03 de noviembre de 2019.
- d. Maqueda, J. (2019). “Entrevista número 2 realizada a Horacio, albañil” 03 de noviembre de 2019.

Recibido: 15 de julio de 2021.

Aceptado: 20 de noviembre de 2021.

Conflicto de intereses: ninguno.



Medicina Social
Salud Para Todos